

Hacia una nueva primavera eclesial

Reflexiones para interpretar la renuncia de Benedicto XVI
y la elección del Papa Francisco

“Yavhé escuchó el clamor de su pueblo”
(Éxodo 2, 24-25)

Observatorio eclesial del Sur
Bahía Blanca, Argentina, junio de 2013

Abstract

La renuncia de Benedicto XVI y la elección del Papa Francisco han sido acontecimientos de resonancia mundial en la Iglesia y en la sociedad. En este artículo, elaborado por un colectivo del Observatorio Eclesial del Sur, se propone una interpretación teológica y coyuntural de esos dos hechos mayores. El punto principal de este documento se refiere a la acogida del Concilio Vaticano II en América Latina y El Caribe y propone como instrumento hermenéutico de interpretación el concepto de “recepción” o cómo el Concilio ha sido recibido y aceptado en este continente. Se divide la historia del postconcilio en tres etapas: primera etapa, primavera eclesial (1962-65 a 1985). Segunda etapa: invierno eclesial (1985 a 2013). Tercera etapa: ¿hacia una nueva primavera eclesial? (desde 2013 en adelante). Esta es una reflexión realizada a la luz de la fe y al interior de la Iglesia y como una contribución para que esta Iglesia refleje mejor la Persona de su Señor, Jesucristo liberador.

Salmo 125: Dios, alegría y esperanza nuestra

Cuando el Señor cambió la suerte de Sión,
nos parecía soñar;
la boca se nos llenaba de risas,
la lengua de cantares.

Hasta los gentiles decían:
“el Señor ha estado grande con ellos”
El Señor ha estado grande con nosotros,
y estamos alegres.

④

Que el Señor cambie nuestra suerte
como los torrentes del Negueb
los que sembraban con lágrimas
cosechan entre cantares.

Al ir, iban llorando,
llevando la semilla;
al volver, vuelven cantando
trayendo sus gavillas.

Un hecho inédito: dos Papas simultáneos

La renuncia de Benedicto XVI, un hecho casi inédito en la historia de la Iglesia, no se puede explicar sin una intervención explícita del Espíritu, que se completó con la elección del Papa Francisco. Como lo habíamos comprobado tantas veces en el curso de los últimos años, habíamos perdido la esperanza de cambios en algunos aspectos doctrinales y administrativos desde el interior de la Iglesia misma. Nada lo hacía previsible. Por el contrario, creíamos que la orientación y estilo de los pontificados anteriores con la influencia excesiva de la Curia continuarían por muchos años con todas sus consecuencias. Damos gracias a Dios por estos acontecimientos y a medida que vemos los signos nuevos de este pontificado vamos recuperando la esperanza.

(5)

La renuncia del Papa anterior fue algo sorpresivo que permitió abrir los ojos y comprobar, una vez más, que muchas estructuras de la organización de la Iglesia han sido impuestas por la historia, los acontecimientos y la cultura. En consecuencia, se ha percibido más claramente que algunas de esas instituciones se pueden reformar y cambiar. Se recupera así el espíritu del Vaticano II de “volver a las fuentes” y confrontar la actual estructura eclesial con el proyecto de Jesús, la experiencia de las primitivas comunidades cristianas y la realidad de las instituciones eclesiásticas en el primer milenio de la historia de la Iglesia.

Sobre la elección del Papa Francisco se ha escuchado y se ha escrito mucho. Con toda razón pues él ha traído, como Juan XXIII, un aire fresco de renovación. Nos sentimos llamados a proclamar con fe y alegría, como en los tiempos del éxodo, que “Yahvé escuchó el clamor de su pueblo”.

Una nueva etapa en la vida de la Iglesia

En el año 2012, con ocasión de los 50 años del Vaticano II, resurgió el interés por releer los documentos conciliares y recordar las dos etapas del postconcilio. En particular, se recordó que tuvimos alrededor de 20 años de renovación y de reforma, una verdadera primavera eclesial como quería Juan XXIII. Luego entramos bajo diversos aspectos en un segundo momento, un “invierno eclesial”, como lo señaló el teólogo alemán Karl Rahner, que ha durado 30 años.

⑥

La elección inesperada y sorprendente del nuevo Papa, con sus signos y enseñanzas, puede ser considerada como un hito muy significativo en esta historia. Puede expresar el término de una etapa y el comienzo de un tiempo nuevo. Da la impresión que algo está muriendo y se percibe algo novedoso y esperanzador. La experiencia y la prudencia aconsejan esperar. Pero también hay que arriesgarse y confiar. Profundizar el discernimiento, escuchar lo que el Espíritu está diciendo, escrutar los signos que estamos presenciando y colaborar, construir, crear, producir otros hechos y acontecimientos que complementen y concreten

lo que el Papa Francisco está indicando como el camino oportuno y necesario que hay que seguir. Podría ser el comienzo de una nueva etapa.

Una manera de mirar este renacer es fijar nuestra mirada y nuestro recuerdo, con amor y nostalgia, en el Concilio Vaticano II y en la Conferencia de Medellín. Se propone aquí utilizar como instrumento hermenéutico el concepto técnico de “recepción”, redescubierto y revalorado por los teólogos en los años 70, especialmente por Ives Congar. Este teólogo escribió así al respecto: “Por recepción entendemos aquí el proceso mediante el cual un cuerpo eclesial hace verdaderamente suya una determinación que él no se ha dado a sí mismo, reconociendo en la medida promulgada una regla que conviene a su vida... No es simple obediencia, sino que implica un aporte propio de consentimiento, en ocasiones de juicio crítico, expresando así la vida de un cuerpo que pone en juego recursos espirituales originales”⁽¹⁾.

7

A partir de ese concepto de “recepción” en relación al Concilio Vaticano II podemos distinguir tres etapas en la historia reciente: una, en la que se realiza una primera “recepción” del Concilio, abarca desde el Vaticano II (1962 – 1965) y Medellín (1968) hasta el Sínodo extraordinario de Obispos de 1985. La segunda etapa se extiende desde 1985 hasta febrero de 2013 en la que hay una segunda recepción del Concilio.

(1) Ives Congar, op. “La recepción como realidad eclesiológica”, *Concilium* 77, 1972, pág. 58.

La tercera se ha iniciado con la elección del Papa Francisco y es el resultado de una intervención extraordinaria del Espíritu, realmente un nuevo Pentecostés.⁽²⁾

Como el tema es muy amplio nos referimos principalmente al proceso de recepción en América Latina y El Caribe. Pero también es necesario recordar lo que ha sucedido en la Iglesia Universal y en particular la relación con la Curia Romana. Para cada etapa se señalan también algunas luces o aspectos positivos y sombras o aspectos negativos.

(2) Esta utilización del concepto “recepción” tiene un carácter analógico pues la forma como se recibe y se acepta el acontecimiento del Vaticano II es diferente en cada etapa.

I. La primera recepción del Vaticano II (1965 – 1985): una primavera eclesial

Siempre es difícil señalar las fechas que separan los acontecimientos y las etapas históricas. En este caso, para indicar el comienzo junto con el Concilio hay que agregar la Conferencia Episcopal de Medellín en 1968 que no sólo lo aplicó, sino que realizó una reinterpretación original y creativa desde la realidad de un continente de pobreza, opresión e injusticias. Como término se coloca el Sínodo de los Obispos en Roma en 1985 que realizó algunos cambios en la interpretación del Concilio.

A. Luces y aspectos positivos

1. Juan XXIII y Paulo VI.

9

La historia en forma unánime ya ha dado su veredicto: estos dos pontífices promovieron una verdadera revolución eclesial al convocar y realizar el Concilio Vaticano II, cada uno de acuerdo a su personalidad y al momento que le tocó vivir. Juan XXIII, de edad avanzada, fue elegido como Papa de transición para preparar el camino a un sucesor de Pío XII quien parecía irremplazable. La convocatoria del Concilio fue una gran sorpresa y constituyó una verdadera irrupción del Espíritu. Paulo VI, un hombre de profunda interioridad, un intelectual brillante y un apóstol de la modernidad, terminó con éxito el Concilio consiguiendo gran unanimidad en la aprobación de los documentos.

2. La recepción del Concilio en la Iglesia Universal

A continuación se señalan algunos aspectos positivos del impacto del Vaticano II en las diócesis de todo el mundo:

- 2.1. Reformulación de la identidad de la Iglesia como Pueblo de Dios, pobre, servidora y ministerial.
- 2.2. Cambios profundos en la Liturgia, como la lengua vernácula, reforma de los libros y de los ritos y remodelación de los templos.
- 2.3. Revalorización del Colegio Episcopal como corresponsable con el Papa en el servicio y gobierno de la Iglesia Universal.
- 2.4. Fortalecimiento de las Conferencias Episcopales de cada país
- 2.5. Revalorización de la diócesis en torno a su obispo, en relación con Roma
- 2.6. Reconciliación de la Iglesia con la modernidad y la libertad; respeto a la autonomía de las realidades terrenas y diálogo positivo con el mundo.
- 2.7. Conversión de la Jerarquía y la comunidad eclesial hacia un estilo horizontal, democrático y participativo (ejemplo: el Pacto de las Catacumbas).
- 2.8. Disminución del clericalismo, juridicismo y triunfalismo.
- 2.9. Reformas de la Curia Romana por parte de Paulo VI.
- 2.10. Mayor protagonismo de los laicos.

- 2.11. Sínodo de los Obispos, consejos diocesanos de pastoral y consejo pastoral parroquial
 - 2.12. Ecumenismo y diálogo con las otras religiones.
 - 2.13. Nuncios “amigables” y relativamente respetuosos en el nombramiento de los obispos.
3. La novedad teológico pastoral en América Latina

América Latina participó de la renovación conciliar como todos los países del mundo. Pero, dada la situación de injusticia y opresión que se vivía en ese momento, la recepción del Concilio adquirió características peculiares. Entre ellas señalamos las siguientes:

(11)

- 3.1. La introducción del tema de los pobres y de la Iglesia de los pobres en la teología y en la pastoral
- 3.2. La teología de la liberación (método, relación entre teoría y praxis, cristología, ecclesiología, etc.)
- 3.3. Los mártires por causa de la justicia.
- 3.4. Los obispos reformadores, nuevos Padres de la Iglesia
- 3.5. Laicos y laicas testigos de la fe y del compromiso social.
- 3.6. Las comunidades eclesiales de base como fundamento de una nueva ecclesiología

- 3.7. La lectura popular de la Biblia
- 3.8. La pedagogía y la educación liberadoras (Paulo Freire)
- 3.9. Renovación litúrgica y evangelización de la religiosidad popular
- 3.10. Participación de la vida religiosa en la misión de la Iglesia
- 3.11. Apertura hacia una conciencia y una práctica ecuménica.

B. Obstáculos y sombras

Estos son algunos de los aspectos positivos de esta primera recepción del Concilio, pero también han aparecido las sombras. A continuación se indican algunos de los obstáculos que surgieron en la renovación eclesial:

⑫

1. El síndrome del anti Medellín

Paradójicamente, mientras la gran mayoría de las iglesias de América Latina y El Caribe acogía con alegría y entusiasmo las reformas del Concilio y de Medellín, en su interior surgió un obstáculo, una piedra en el camino, que a la larga casi impidió la plena recepción del Concilio. En 1972, cuatro años después de Medellín, en Sucre, Bolivia, el CELAM eligió como secretario general al joven obispo colombiano Alfonso López Trujillo. Este personaje de gran influencia negativa en la Iglesia se transformó en el principal

enemigo de la Conferencia de Medellín y se mantuvo por 20 años en cargos directivos, a nivel continental, ejerciendo personalmente o por intermedio de otros una influencia funesta. Ese Obispo más otros miembros de la Jerarquía, teólogos y laicos conservadores, se transformaron en interlocutores privilegiados con algunas instancias de Roma, tergiversaron muchos acontecimientos e impidieron una comprensión adecuada de la novedad y riqueza de la Iglesia de América Latina y El Caribe, renovada por el Concilio y por Medellín.

2. Limitaciones en el Concilio Vaticano II

Durante muchos años casi nadie se atrevía a deslizar la más mínima crítica contra el Concilio. Su influencia había sido tan positiva que no se veían posibles limitaciones. Con el paso de los años se percibieron algunas de ellas. En particular se comprobó que el Vaticano II no prestó suficiente atención a la dimensión canónica de las reformas que propuso. El Concilio fue un gran evento de obispo y teólogos que no acudió a los canonistas que son quienes fijan normas para que las reformas cristalicen, se concreten y permanezcan. La metodología del Concilio permitió soñar, pero muchos sueños no pasaron a las estructuras. La excepción es la Constitución "*Sacrosanctum Concilium*" que señaló normas obligatorias en la reforma de la Liturgia. Para la gran mayoría, la colegialidad episcopal, tan trabajosamente conseguida, fue el gran triunfo de la reforma pues equilibraba el colegio episcopal

de todos los obispos del mundo con la monarquía papal del Vaticano I. Sin embargo, esa victoria no se tradujo en cambios canónicos. Como se diría modernamente, no se hizo un reajuste estructural. Muchas propuestas de cambio se quedaron en los documentos y no fueron transformadas en leyes canónicas.

II. La segunda recepción del Concilio (1985 – 2013): ¿un invierno eclesial?

Como se señalaba antes el primer impacto positivo del Concilio duró hasta el Sínodo de Obispos en Roma, en 1985, celebrado para conmemorar los 20 años de ese gran acontecimiento. En ese Sínodo se evaluaron experiencias positivas y negativas del postconcilio como las reformas ya adquiridas y las exageraciones y abusos, así como el éxodo masivo de sacerdotes y religiosas en los años 70. En el momento de buscar las causas del malestar que se había producido surgieron dos interpretaciones que todavía subsisten y dividen las opiniones. Una señala que no se había aplicado bien el Concilio y se había cometido exageraciones, pues el Vaticano II está en continuidad con el Vaticano I y no pretendía grandes cambios. Es la tesis de la continuidad. La otra, minimiza los abusos y exageraciones y dice que el Vaticano II propuso un cambio profundo, una ruptura con el Vaticano I. Es la tesis de la discontinuidad. Estas dos interpretaciones han estado en conflicto en los años pasados y es de esperar que haya un acercamiento hacia una opinión común en la era del Papa Francisco.

(15)

A continuación se recuerda brevemente la historia del periodo de la segunda recepción, indicando sus aspectos positivos y negativos.

A. Luces y aspectos positivos

1. Juan Pablo II y Benedicto XVI

Estos dos pontífices, cada uno en su estilo, han sido figuras muy relevantes que marcaron profundamente la vida interna de la Iglesia y tuvieron un gran impacto en la sociedad, siendo reconocidos como líderes mundiales por los valores que apuntan a la trascendencia, la espiritualidad, la solidaridad, la búsqueda de la paz y la superación de la pobreza. Juan Pablo II, enriquecido y condicionado por la experiencia de su país natal y con los dones especiales de la comunicación fue un líder religioso y social que iluminó la Iglesia y el mundo entero con su santidad de vida, sus escritos, sus enseñanzas, sus viajes y el testimonio de su entrega personal hasta la muerte. Se dice, sin embargo, que sus viajes por el mundo y el tiempo de su última enfermedad permitieron que el gobierno de la Iglesia quedara en manos de la Curia Romana.

(16)

Benedicto XVI un intelectual calificado, en los cortos años de su pontificado se destacó por su ministerio doctrinal y la publicación de libros y encíclicas de profundo valor teológico y pastoral. Le correspondió enfrentar con valentía y decisión uno de los momentos más difíciles en el caso de la pedofilia y las acusaciones de corrupción administrativa dentro del mismo Estado Vaticano. Su renuncia, dolorosa para él, trajo grandes beneficios para el futuro de la Iglesia.

2. El Concilio en la Iglesia Universal.

El Vaticano II ha sido el mayor acontecimiento del siglo XX en la Iglesia que produjo un impacto extraordinario en todas partes y se mantuvo en sus grandes líneas. La parte más visible y permanente ha sido la reforma litúrgica y lo más profundo la publicación de los documentos que nada ni nadie podrá cambiar. Esos documentos se han traducido en signos visibles y en cambios en la enseñanza de la Teología, la Catequesis, la organización de las diócesis y las parroquias, el rol de los laicos, la solidaridad, etc.

3. El Concilio en América Latina y El Caribe

La novedad teológico pastoral como apropiación del Vaticano II por parte de la Iglesia de este continente ha sido uno de sus mejores momentos de toda su historia. Sin embargo, esa novedad no fue aceptada plenamente por la Iglesia oficial de Roma y gran parte de ese acervo adquirido no se ha podido mantener, lo que ha traído frustración y decepción en muchos sectores. La llama de esa tradición no se ha apagado. Está viva y presente. Además, las críticas han tenido un efecto positivo. La reflexión teológica liberadora, fruto del Concilio ha realizado su autocrítica y enfrenta hoy los nuevos desafíos con fidelidad a sus intuiciones fundamentales y apertura a las nuevas realidades.

B. Obstáculos y sombras

Como característica general de esta etapa hay que señalar que se acentúan de nuevo el centralismo y el autoritarismo de la Iglesia Universal con respecto a las Iglesias locales y al episcopado. En cierto sentido, se vuelve atrás, hay un proceso de involución hacia el tiempo preconciliar. Algunos hechos así lo demuestran.

A nivel global

1. La reforma del Código de Derecho Canónico.

1983. Esta reforma a pesar que aparentemente es fiel a la *Lumen Gentium*, en la práctica desconoce su inspiración más profunda. De hecho, destaca de nuevo la autoridad de la Curia Romana sobre los obispos y sobre cada obispo en particular. A diferencia del Vaticano II que ve en cada diócesis una porción de la Iglesia con toda su riqueza sacramental, tiende a considerarla como una parte administrativa de la Iglesia global. La reforma del Código no toma en cuenta la revalorización de las iglesias locales y dificulta la comprensión de la Iglesia como una comunión de iglesias.

(18)

2. La reforma de la Curia.

Durante el Concilio la Curia se vio expuesta a muchas críticas y descalificaciones pues sus documentos preparatorios fueron rechazados en su gran mayoría. A lo largo de las cuatro sesiones fue creciendo un deseo de reforma

profunda. Paulo VI acogió ese llamado e introdujo varios cambios en la constitución de los organismos y en la mayor participación de las iglesias nacionales.

Uno de los proyectos de mayor envergadura fue establecer un Consejo Asesor del Papa, llamado Sínodo de los Obispos, integrado por representantes de todo el mundo. Este consejo estaba llamado a gobernar la Iglesia junto con el Papa y teniendo a la Curia romana como un instrumento subordinado para implementar sus decisiones. La propuesta era audaz y llena de proyecciones: un cogobierno del Papa y los obispos de todo el mundo, una especie de Concilio permanente. Lamentablemente los resultados no fueron los esperados. No se pudo implementar el modelo propuesto y seguramente una de las causas que obstaculizaron el proyecto primitivo fue la oposición de la misma Curia.

(19)

3. Las restricciones a los Sínodos diocesanos.

En 1997 dos Congregaciones de la Curia romana enviaron conjuntamente una Instrucción sobre el campo de acción de esos Sínodos, que restringe sus atribuciones y que indica que las iglesias particulares o diócesis pueden actuar dentro de límites muy estrechos: en la práctica, implementar en las diócesis las orientaciones que llegan de Roma.

4. Disminución de la autoridad de las Conferencias Episcopales. La *Lumen Gentium* en el nº 23 pide que las Conferencias Episcopales puedan

“desarrollar una obra múltiple y profunda”. Así sucedió en la mayoría de los países en los primeros años del postconcilio. Sin embargo, en 1997 se recibió en todas las diócesis del mundo la Instrucción *“Apostolos Suos”* que restringe la amplitud concedida por el Concilio a las conferencias. En particular les retira el magisterio auténtico, salvo que se consiga la unanimidad de sus integrantes, lo que en la práctica es imposible. Nuevamente se pide a las conferencias que repitan y actualicen las enseñanzas de la Santa Sede y no tengan un rol propio, doctrinal y pastoral, en sus respectivos países.

A nivel de América Latina y El Caribe

(20)

En este continente se vivieron muchas de las decisiones y contradicciones del nivel universal señaladas anteriormente y no es necesario volver sobre ellas. Pero hubo acontecimientos y decisiones específicas que afectaron a la Iglesia de manera particular. A continuación se indican algunas de ellas.

1. La Instrucción “Sobre algunos aspectos de la Teología de la Liberación” (1984), condena severamente “algunas formas” de esa Teología, pero en realidad fue entendida como una condenación de toda Teología de la Liberación. Este fue un documento en que los teólogos no se reconocieron y no se sintieron afectados. El tema más conflictivo de esta Instrucción se refiere al uso de categorías marxistas para el análisis y la transformación de la realidad.

La Teología de la Liberación utiliza varias categorías de análisis y entre ellas algunas de la tradición de Marx. Pero, al hacerlo, no renuncia a su propia identidad ni acepta los principios filosóficos del materialismo ateo. La prueba más evidente es el testimonio de vida de los teólogos y teólogas de la liberación, hombres y mujeres creyentes y comprometidos. Algunos de ellos, como los teólogos mártires de El Salvador, coronaron su reflexión con la ofrenda de sus propias vidas, al igual que Jesús.

2. La segunda Instrucción sobre “Libertad cristiana y liberación” (1986) explicita el sentido de la liberación y modera las exageraciones de la condena anterior. La carta de Juan Pablo II a los obispos de Brasil (1986) relativiza también los alcances del primer documento y en un párrafo señala que la teología de la liberación es “útil y necesaria”. Pero, estos dos documentos no lograron neutralizar los efectos negativos de la primera Instrucción.

(21)

3. La campaña sistemática y organizada para reestructurar la Iglesia del Brasil que fue la que más se destacó y mejor implementó el Concilio y Medellín en su organización interna y en el diálogo con la realidad conflictiva de ese inmenso país.

4. Los conflictos del Consejo Latinoamericano de Religiosos (CLAR) con el CELAM y la Curia Romana.

5. Las restricciones, persecución y condena de algunos teólogos de la liberación.

6. El control de la formación en los Seminarios y en las Casas de formación retirando los libros de teología liberadora y excluyendo los profesores de esa orientación.

7. La intervención excesiva de los Nuncios en el nombramiento de los obispos, generalmente de tendencia conservadora. Hubo casos de extrema dureza como en San Salvador y en Recife.

8. La intervención de Roma en la Conferencia Episcopal de Santo Domingo (1992) que limitó la autonomía de los obispos y restringió la influencia del documento final.

9. La publicación de muchos documentos e instrucciones de las Congregaciones o Dicasterios de la Curia Romana imponiendo decisiones en la pastoral ordinaria de las diócesis e impidiendo la creatividad y la inculturación.

III. Hacia una nueva primavera eclesial: desde el Papa Francisco.

Los signos novedosos y las intervenciones oportunas y directas del Papa Francisco han inaugurado un nuevo momento en el ejercicio del ministerio de Pedro en Roma con repercusiones en la Iglesia universal. Dentro de esta realidad sorprendente se sitúa la tercera parte de este documento. Se mantienen las dos propuestas metodológicas de los apartados anteriores: interpretar los nuevos acontecimientos de Roma y formular una propuesta de esperanza en la recepción del Concilio.

La decisión más importante realizada por el Papa hasta ahora ha sido el nombramiento de una Comisión de ocho cardenales para responder al principal anhelo del Cónclave: realizar la reforma de la Curia Romana. Por lo tanto, es necesario integrar ese aspecto en la reflexión sobre el nuevo momento eclesial que hemos comenzado a vivir.

(23)

1. La reforma de la Curia

Una de las grandes novedades del Cónclave recién realizado fue la cobertura de los medios de comunicación social que no permitió guardar secretos y exigió claridad y transparencia en todas las actividades y decisiones. No se pudo ocultar que la renuncia de Benedicto XVI no fue sólo por su edad avanzada y razones de salud. Quedó claro para los cardenales y para la opinión pública que su decisión se debió finalmente a que no se sintió capaz de resolver la profunda

crisis moral y política al interior de la Curia Romana que, a su vez, refleja una crisis del modelo teológico, administrativo y estructural de la Iglesia Universal.

La elección de un nuevo pontífice no fue simplemente escoger un reemplazante o un sucesor más en la larga lista de los 265 sucesores de Pedro. Los cardenales se vieron obligados a elegir a alguien que fuera capaz de realizar lo que no pudo hacer su antecesor: reformar la Curia. La Comisión para la reforma de la Curia ha sido una noticia de repercusión mundial. Está integrada por ocho cardenales de diversos países: Óscar Rodríguez Maradiaga (Honduras), Giuseppe Bertello (Italia), Reinhard Marx (Alemania), Sean O'Malley (Estados Unidos), Oswald Gracias (India), George Pell (Australia), Laurent Monsengwo Pasinya (Congo) y Francisco Javier Errázuriz (Chile). La tarea de esta Comisión será responder al anhelo del Cónclave y de amplios sectores de una reforma integral de las estructuras y de los mecanismos de organización de la Curia. La opinión pública espera algo más. No sólo un reajuste de nombres y cambios administrativos. La crisis de la Curia es también una crisis de la Iglesia y ambas necesitan ser reformadas.

(24)

Así quedaron los hechos. El nuevo Papa resultó elegido con esa hermosa y, al mismo tiempo, difícil tarea. Los pasos próximos para realizarla frente a todos los obstáculos están en manos de Dios y del Papa Francisco. Pero están también en nuestras manos. El día de la elección, cuando el Cardenal Bergoglio, con el

nombre del pobre de Asís, se presentó en la Plaza san Pedro, pidió la bendición del pueblo y nos invitó a caminar junto con él. Ahí estuvimos todos y así estaremos desde ahora en adelante.

2. La reforma de la Iglesia

La palabra “reforma” pertenece al vocabulario esencial de la Iglesia. Así lo establece el Concilio: “la Iglesia encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación”⁽³⁾. Esta palabra despierta temor y preocupación por las experiencias históricas y en particular por la dolorosa ruptura de la Reforma Protestante.

(25)

En el momento actual la Iglesia se ve enfrentada una vez más con el clamor de una reforma. Los escándalos de la pedofilia, la crisis interna del Vaticano y otros problemas de organización y ejercicio del poder que se arrastran desde lejos exigen un cambio y una adaptación a la cultura democrática, participativa y horizontal de los tiempos actuales. La Iglesia no se renueva ni se reforma a sí misma por razones políticas, de prestigio o de relevancia social. Lo hace por una exigencia interior, para reflejar mejor, como en un espejo, el rostro sufriente y resucitado de su Maestro y Señor, Jesús de Nazaret.

(3) Lumen Gentium, n° 8.

Las propuestas de reforma han sido permanentes en la Iglesia. Hay un adagio latino que lo expresa muy bien: *“ecclesia semper reformanda”* (la Iglesia siempre necesita una reforma). La historia así lo atestigua. Desde san Agustín, los monjes benedictinos, san Bernardo, santa Catalina de Siena, san Francisco y Lutero, hasta Juan XXIII, muestran que nunca han faltado las voces que claman por una reforma *“in capite et in membris”* (en la cabeza y en los miembros). Este fue exactamente el clamor en tiempos de Lutero que los Papas de esa época no supieron escuchar.

En la historia ha habido intentos de reforma que lograron su objetivo, como san Francisco, y otros como Lutero que tuvieron resultados ambiguos. Hay reformas verdaderas y reformas insuficientes, ambiguas o fracasadas. Un gran teólogo francés, Yves Congar, escribió en 1947 un libro titulado “Verdadera y falsa reforma en la Iglesia” que hizo época en la historia de la eclesiología. Este autor enumera cuatro condiciones para que una reforma de la Iglesia logre su objetivo:

(26)

1. Una reforma que no provoque cisma o separación y que se realice al interior de la Iglesia
2. Que se desarrolle y permanezca en la comunión del conjunto de la Iglesia, aunque enfrente oposición y dificultades

3. Tener paciencia y respetar el ritmo de las personas y de los tiempos
4. Más que plantear novedades volver a las fuentes bíblicas, teológicas e históricas de la inspiración de Jesús, las primitivas comunidades y los momentos de renovación y fervor en la historia de la Iglesia.

Estas condiciones tienen valor permanente y con toda seguridad conviene tomarlas en cuenta para que el proyecto actual de reforma del Papa Francisco y de todos nosotros y nosotras llegue a buen puerto.

3. La reforma de la sociedad

(27)

Sin embargo hay que recordar que no se puede separar la reforma de la Iglesia de la reforma de la sociedad. En algunos aspectos la reforma de la sociedad es previa o simultanea con la reforma de la Iglesia. Es muy difícil, casi imposible, vivir la fraternidad y la igualdad en el Pueblo de Dios si no hay justicia e igualdad en las relaciones sociales de un país y de la comunidad internacional a la luz de la globalización.

La reforma de la sociedad es de largo aliento, difícil y conflictiva. La historia testimonia la evolución y el desarrollo de los acontecimientos y de los actores sociales y muestra también la presencia de la Iglesia en el acontecer social y cultural.

En el tiempo actual, debido a los medios de comunicación social, la humanidad en conjunto ha tomado conciencia de su realidad y se ve enfrentada a una crisis económica, social, ecológica, cultural y religiosa de grandes proporciones. Se dice hoy que es necesario crear un nuevo paradigma civilizatorio. Dentro de este escenario el Papa Francisco ha escuchado el clamor de los cardenales que lo eligieron y que le pidieron una reforma de la Curia romana que implica necesariamente una reforma de la Iglesia, vinculada en primer lugar con los escándalos de corrupción y el manejo de las finanzas. Para ser efectiva, esa reforma necesita ser seguida de muchas otras, por ejemplo en la enseñanza doctrinal, en la organización local y en los cambios de estructuras a nivel nacional e internacional. Para no crear falsas expectativas y evitar frustraciones será necesario que el Papa Francisco, las personas que él designe en los cargos directivos y la comunidad eclesial en su conjunto sepan discernir cuáles son las reformas posibles, a corto y mediano plazo, y tengan la fuerza interior y la radicalidad evangélica para responder a la inspiración del Espíritu en este momento histórico.

(28)

4. La carta de navegación para la reforma: el Concilio Vaticano II

La reforma de la Iglesia exige, como ha sido siempre, una personalidad carismática, un programa y una estrategia. Así sucedió con Juan XXIII que tenía ese carisma, propuso el Concilio como programa, y el

aggiornamento como estrategia. Ese proyecto de reforma comenzó bien, despertó mucho entusiasmo y produjo grandes resultados, algunos de los cuales todavía perduran. Pero se produjo una interrupción de la reforma. Los cambios propuestos no se tradujeron en nuevas estructuras ni entraron en el Derecho Canónico. La Curia Romana apagó el carisma de la renovación.

Sin embargo, ese carisma conciliar está vivo y sigue presente en la base, en medio del pueblo. Por esta razón en el momento actual no será tan difícil retomar el caminar interrumpido. El Papa Francisco tiene carisma, los documentos del Concilio están disponibles y existe un anhelo profundo de esperanza y renovación. No hace falta, como en tiempos de Juan XXIII, convocar un nuevo concilio. Será suficiente realizar una nueva recepción y aplicación de los resultados que ya se demostraron positivos. En particular quienes impulsen la continuación del proceso interrumpido deberán tratar de no caer en el mismo error anterior que es descuidar la traducción de los sueños y de la renovación en estructuras jurídicas permanentes.

(29)

Después de 50 años este continente ha experimentado cambios muy profundos dentro de un contexto global también en evolución. Sin embargo, se constata que hay elementos irrenunciables en el Concilio y en Medellín que es necesario mantener. Del Concilio se rescata la libertad para interpretar la Escritura, la tradición y el Magisterio;

la nueva definición de la Iglesia como Pueblo de Dios; y su apertura al mundo moderno. De Medellín no podemos dejar de lado la lucha por la justicia como un elemento esencial de la fe y la opción por los pobres y la lucha contra la pobreza. De la fidelidad a esos fundamentos se espera que en esta tercera etapa del postconcilio se fortalezcan las conferencias episcopales, desaparezcan el autoritarismo y el clericalismo, renazcan las comunidades eclesiales de base y se desarrolle un clima de alegría y esperanza en el ámbito de una espiritualidad profética y liberadora.

Más allá del Vaticano II

(30)

Los desafíos a los que respondió el Concilio ya no son los mismos de hoy. Por ejemplo, el problema de estos tiempos no es tanto la Iglesia, sino la pregunta por Dios, por su naturaleza y por su significado. Hay temas que el Vaticano II no pudo o no quiso tratar y que siguen pendientes. En el terreno social la exclusión de los pobres, la discriminación de la mujer en la sociedad, la amenaza ecológica y la crisis económica mundial. En el terreno eclesial la elección de los obispos, la ordenación de sacerdotes casados y de mujeres, el estatuto eclesiológico de los nuncios, la autonomía de las conferencias episcopales y la necesaria revisión de cuestiones éticas como el control de la natalidad, la moral sexual y matrimonial y la homosexualidad.

5. Ajuste estructural, jurídico y canónico

Hemos señalado en las páginas anteriores que muchos de los sueños y de las hermosas conclusiones del Concilio se diluyeron en el tiempo y en algunos casos desaparecieron porque los líderes conciliares no pudieron introducir esos cambios en la estructura interna de la Iglesia y en el mismo Código de Derecho Canónico. Por lo tanto, esta es una tarea pendiente y necesaria. Más difícil de realizarla que en la etapa anterior porque el Concilio es la autoridad máxima para introducir cambios doctrinales y estructurales. A pesar de esta dificultad la tarea está pendiente. El Papa está avanzando mucho y seguramente conseguirá algo más. Todos debemos apoyarla. En América Latina la teología no ha tomado en cuenta suficientemente el Derecho Canónico y no se ha valorado a los canonistas. Es un error que es necesario corregir.

(31)

6. Una nueva relación de Fe y Política: el ecosocialismo

En los años 60 y 70, la teología de la liberación con la ayuda de las ciencias sociales y a partir de la experiencia de los cristianos comprometidos propuso un modelo teórico de acción social para acompañar la praxis de esos mismos cristianos. Era un modelo con fundamentos bíblicos, muy vinculado al proyecto histórico del socialismo e impulsado con una pedagogía liberadora de educación y concientización. La crisis de los socialismos reales y el derrumbe de

la Unión Soviética y de otros países socialistas desacreditó esa interpretación y hoy día el modelo está agotado. Esto se ha traducido, entre otras cosas, en la orfandad teológica y política de los cristianos comprometidos con procesos transformadores en países como Venezuela, Ecuador y Bolivia.

A pesar de las crisis los países siguen adelante y los pobres buscan nuevas fórmulas y métodos para seguir luchando por su liberación. Hoy día los partidos han perdido credibilidad e influencia y se han fortalecido los movimientos sociales. Sin embargo, el entusiasmo y la voluntad de cambios no son suficientes. Es necesario un nuevo modelo de interpretación de la realidad que proporcione a su vez herramientas e instrumentos para la acción transformadora. En América Latina se ha avanzado en esta dirección y se está gestando un nuevo paradigma que vincula la ecología con la transformación social de las estructuras. Es un modelo que escucha el grito de los pobres y el grito de la tierra. Que invita al cuidado de la creación y que lucha por la sustentabilidad del planeta y de toda la humanidad. Su nombre es eco-socialismo. Un nombre que trae de vuelta antiguos demonios y al mismo tiempo resucita viejas esperanzas. Es una reflexión que recién está comenzando. Para América Latina es una necesidad real y una tarea urgente continuar esa reflexión. Algunos cristianos de Venezuela o Bolivia reprochan a la Teología de la Liberación haberlos abandonado o mirarlos desde lejos

como una espectadora. Esta tarea es un componente de la nueva recepción del Concilio en América Latina. La relación de la Iglesia con el mundo en nuestro continente pasa por la participación de los cristianos en el cambio del modelo neoliberal.

7. Recuperación de la Conferencia de Aparecida

La Conferencia Episcopal de Aparecida realizada en el Santuario de la Virgen de ese nombre, cerca de Sao Paulo, Brasil, del 13 al 31 de mayo de 2007, fue un signo positivo en medio de la oscuridad del tiempo eclesial de esa época. Después del fracaso de la Conferencia anterior, en Santo Domingo en 1992, Aparecida recuperó en gran parte la tradición pastoral y social de América Latina y El Caribe. En particular hay que destacar el método ver, juzgar y actuar; la opción por los pobres; y las comunidades eclesiales de base. Su propuesta de formar “discípulos y misioneros” ha sido bien recibida aún cuando está sujeta a distintas interpretaciones. Los obispos proponen pasar de una pastoral de conservación a una pastoral misionera y consideran indispensable transformar las estructuras mediante una conversión pastoral.

(33)

Lamentablemente la recepción de Aparecida ha sido lenta y poco entusiasta. Con el paso del tiempo corre el peligro de diluirse y desaparecer. La elección del Papa Francisco ha traído nuevas esperanzas respecto a su actualidad y vigencia. Siendo arzobispo de Buenos Aires, él participó activamente en esa

Conferencia y fue el coordinador de la comisión encargada de la redacción del documento final. Este es otro elemento positivo dentro de la nueva etapa eclesial que vivimos. Es posible ahora releer ese documento, recuperarlo y aplicar su contenido.

8. Propuestas para una renovación teológica

En octubre de 2012, pocos meses antes de la elección del Papa Francisco se realizó en san Leopoldo, Brasil, en la Universidad jesuita Unisinos, el Congreso continental de Teología para recordar los 50 años del Concilio y los 40 años de la publicación del libro de Gustavo Gutiérrez, “Teología de la liberación”. Para el propósito de este documento nos ha parecido oportuno recoger aquí la conferencia del teólogo brasileño J. B. Libanio pronunciada en ese Congreso y titulada “Nuevos desafíos y tareas para la teología de América Latina y El Caribe”. La formulación de esos desafíos coincide con nuestras aspiraciones y por esta razón los proponemos en este resumen.

(34)

i. Retomar la opción preferencial por los pobres.

Esta opción está en el ADN de la Iglesia y de la teología de este continente. A través de los años ha recibido diversas formulaciones que responden a la evolución de los conceptos de pobre y de pobreza. En tiempos de la sociedad del conocimiento, característica

importante de nuestra época, la reflexión teológica está desafiada por una nueva forma de exclusión, que son los pobres del conocimiento y de la información. Este es un nuevo rostro, una nueva forma de pobreza, de opresión y de exclusión. Paralelamente nos encontramos frente a otra forma de exclusión, la presencia explosiva de millones de migrantes que se mueven de un país a otros abandonando sus familias, su tierra y su cultura para internarse en el sueño del trabajo y del bienestar a costa de grandes sufrimientos y a veces de profundas decepciones. Además, hay que agregar otra forma de discriminación. Es la exclusión por género que margina a los homosexuales y a otras formas de identidad sexual. Todas estas nuevas formas de discriminación requieren la atención de la teología.

(35)

ii. La creación de un nuevo paradigma cultural.

En los últimos años se ha percibido con mayor claridad el cambio cultural que se está produciendo en la sociedad global. Libanio señala que la Teología de la Liberación para ser fiel a su proyecto original tiene que contribuir a elaborar un nuevo paradigma de la liberación que incorpore el cambio cultural. Para esta tarea la Teología promueve el diálogo con las ciencias, especialmente la Física cuántica y la biología molecular. La Teología les reconoce su aporte y autonomía, pero conserva su independencia pues para ella sólo Dios es absoluto. Como objetivo, Libanio propone que la Teología está llamada a ser

políticamente liberadora, sin ser de un partido; ser pública, pero sin imponerse con prepotencia; ser crítica del sistema dominante, pero sin acomodarse al modelo; ser laica, en el sentido de no imponer lo sagrado a todos, pero manteniendo el acceso a la dimensión humana de lo sagrado y del misterio.

iii. Recuperar la novedad del Jesús de Palestina.

Diversos teólogos se han especializado en cristología y eclesiología. Leonardo Boff y Jon Sobrino escribieron libros importantes sobre la cristología latinoamericana en que expresan su identificación con la cristología del Jesús histórico. Libanio indica que actualmente se presentan otros desafíos para la reflexión cristológica de nuestros teólogos y teólogas. Uno se relaciona con el lenguaje, o sea con la forma de hablar y de escribir. Es el desafío de la teo-narrativa, que consiste en complementar el lenguaje científico y objetivo con la valorización del lenguaje narrativo más vinculado a la experiencia humana y cotidiana. Jesús mismo nos da el ejemplo con sus parábolas y los evangelios nos narran la infancia de Jesús, su caminar por pueblos y campos y su enseñanza vinculada a la vida diaria. La teología latinoamericana está preparada para entrar en este camino.

(36)

Otro desafío se refiere a conocer mejor el trabajo bíblico de un grupo de teólogos de Estados Unidos que se identifican con el nombre de *Third Quest* y que significa

la tercera etapa de una investigación cristológica.⁽⁴⁾ Este grupo ha realizado aportes interesantes en la investigación científica sobre el contexto de la vida de Jesús. Entre ellos se mencionan algunos como el origen judío de Jesús, los aportes de la arqueología y de la sociología que ayudan a situarlo en su contexto geográfico, social y cultural; y otros aspectos técnicos como los criterios sobre la historicidad de Jesús y reflexiones críticas sobre los milagros. La cristología de América Latina ya conoce esos antecedentes, pero seguramente se enriquece con esas nuevas investigaciones.

iv. Pensar la renovación litúrgica popular y valorar la religiosidad popular.

37

A los 50 años de la Constitución “*Sacrosanctum concilium*” sobre la reforma de la Liturgia, Libanio realiza un análisis original y provocativo. Dice que esa reforma buscó un equilibrio entre dos polos aparentemente contradictorios: una vuelta a los orígenes históricos de la liturgia romana y una actualización frente a la cultura moderna. El resultado fue positivo, todavía perdura pero necesita nuevas actualizaciones. En América Latina la exigencia es aún mayor. Hay otro desafío que no existe en Europa. En nuestro

(4) El nombre de *Third Quest* indica que hay dos etapas anteriores, First and Second, que se refieren a autores y escritores que han investigado el tema cristológico desde hace muchos años. Entre ellos se recuerda, entre muchos otros, a H. S. Reimarus, D. F. Straus, R. Bultmann, O. Cullman, Bornkamm, Hengel, Kasemann, Meier y Theissen.

contexto la vuelta a los orígenes incluye profundizar la importancia teológica y social de la religiosidad popular y asumir las tradiciones indígenas y afroamericanas, fundamento de la identidad propia de los habitantes de estas tierras. La reforma de Europa nos sirve de modelo. Si en la liturgia romana se introdujeron cambios tan importantes también los podemos realizar nosotros tomando en cuenta las raíces indígenas, mestizas y negras en una reforma litúrgica verdaderamente inculturada.

v. Estructurar la Iglesia desde las comunidades de base

Después de Medellín y Puebla la Iglesia vivió un período en que florecieron las comunidades de base en todos los países. El proyecto consistía en considerarlas como el espacio normal y cercano para vivir la fe en contraste con el espacio de las parroquias. Las comunidades no son divisiones territoriales de la parroquia ni su caja de resonancia. Pretenden ser la estructura básica de la Iglesia. En este proyecto los coordinadores de comunidades junto con el párroco administran la parroquia y conducen la vida eclesial en su conjunto al servicio del mundo. Lamentablemente, por distintas razones, esta propuesta no obtuvo los resultados deseados. Sin embargo, es una tarea pendiente que exige repensar las estructuras y los ministerios alrededor de otros ejes de reflexión teológica y de organización. La propuesta eclesial de América Latina enfrenta otro desafío que viene de los nuevos

movimientos religiosos, carismáticos, neocatecumenales y otros. La Teología de la Liberación adopta una posición crítica frente a esos movimientos eclesiales y desea entrar en diálogo con ellos para clarificar lo que Jesús y los tiempos exigen para nuestra Iglesia.

vi. Nuevos desafíos en el diálogo interreligioso

Este es el ámbito más novedoso y algunos agregan el más peligroso, para la teología y la Iglesia, no sólo en América Latina sino también en el mundo entero. El fenómeno religioso es algo muy singular. Se ha estudiado desde diferentes perspectivas. Las ciencias de la religión lo analizan históricamente e investigan sus causas y las modificaciones que experimenta. La teología lo interpreta a la luz de la Revelación. Para ello utiliza un principio hermenéutico que distingue entre religión, religiosidad y fe.

(39)

Como el fenómeno religioso es tan amplio es indispensable un diálogo ecuménico e interreligioso y la Iglesia se ha comprometido en esta tarea. Pronto surge un gran interrogante que se transforma a veces en un obstáculo para el diálogo. Se trata de la persona de Cristo y de la universalidad de su salvación. Otras religiones, como el budismo o el hinduismo, tienen sus propios libros sagrados, sus tradiciones y un concepto propio de salvación. En América Latina las tradiciones indígenas y afroamericanas también poseen un acervo doctrinal y una larga tradición religiosa vinculada a su historia, la tierra y sus antepasados.

En relación a este punto, la Teología está en un proceso de transformación. Se habla de un nuevo paradigma de diálogo interreligioso. Algunos representantes de otras religiones consideran que no basta hablar de un pluralismo religioso de hecho. Dicen que hay que avanzar a un pluralismo de principios o de derecho. La Teología católica se renovó en el Concilio Vaticano II respecto a la salvación universal, pero tiene reservas frente a muchos planteamientos que se presentan hoy día. La teología latinoamericana tiene como interlocutores a las tradiciones indígenas y afroamericanas y frente a ellas se está definiendo como un interlocutor válido y respetuoso de sus creencias y tradiciones.

Conclusión

Terminamos estas reflexiones con alegría, gratitud a Dios y esperanza. Pero también con inquietud y preocupación. Son muchos los años de “invierno eclesial”, muchos los sufrimientos y las decepciones. Es verdad que san Pablo nos ha sostenido y animado en los años pasados con su propuesta de “esperar contra toda esperanza”. El Papa Francisco nos ha devuelto la confianza. Sin embargo no queremos ilusionarnos demasiado. Los signos son hermosos pero no son suficientes. Se esperan los nuevos nombramientos y los cambios de estructuras que, con toda seguridad, enfrentarán grandes obstáculos y dificultades. Además no podemos olvidar la triste experiencia de la muerte repentina de Juan Pablo I.

(41)

Aún cuando el Papa no responda a todas las expectativas ya hemos dejado atrás una etapa y hemos comenzado otra, mejor que la anterior. Tampoco esperamos todo de Roma. Estamos dispuestos a colaborar como miembros del Pueblo de Dios en marcha hacia la tierra prometida. En este momento histórico nos corresponde ser actores conscientes y críticos, con Jesús, en camino hacia el Padre y al servicio de los pobres.

Observatorio eclesial del Sur

Este informe es el resultado de varias reuniones e intercambios de comunidades del sur de Argentina que se terminó de redactar en esta fecha.

Bahía Blanca, Argentina, junio de 2013.

Índice

Abstract	3
Salmo 125	4
Un hecho inédito: dos Papas simultáneos	5
Una nueva etapa en la vida de la Iglesia	5
I. La primera recepción del Vaticano II (1965 – 1985): una primavera eclesial	9
A. Luces y aspectos positivos	9
1. Juan XXIII y Paulo VI.	9
2. La recepción del Concilio en la Iglesia Universal	10
3. La novedad teológico pastoral en América Latina	11
B. Obstáculos y sombras	12
1. El síndrome del anti Medellín	12
2. Limitaciones en el Concilio Vaticano II	13
II. La segunda recepción del Concilio (1985 – 2013): ¿un invierno eclesial?	15
A. Luces y aspectos positivos	16
1. Juan Pablo II y Benedicto XVI	16
2. El Concilio en la Iglesia Universal.	17
3. El Concilio en América Latina y El Caribe	17

B. Obstáculos y sombras	18
A nivel global	18
1. La reforma del Código de Derecho Canónico.	18
2. La reforma de la Curia.	18
3. Las restricciones a los Sínodos diocesanos.	19
4. Disminución de la autoridad de las Conferencias Episcopales.	19
A nivel de América Latina y El Caribe	20
III. Hacia una nueva primavera eclesial: desde el Papa Francisco.	23
1. La reforma de la Curia	23
2. La reforma de la Iglesia	25
3. La reforma de la sociedad	27
4. La carta de navegación para la reforma: el Concilio Vaticano II	28
Más allá del Vaticano II	30
5. Ajuste estructural, jurídico y canónico	31
6. Una nueva relación de Fe y Política: el ecosocialismo	31

7. Recuperación de la Conferencia de Aparecida	33
8. Propuestas para una renovación teológica	34
i. Retomar la opción preferencial por los pobres.	34
ii. La creación de un nuevo paradigma cultural.	35
iii. Recuperar la novedad del Jesús de Palestina.	36
iv. Pensar la renovación litúrgica popular y valorar la religiosidad popular.	37
v. Estructurar la Iglesia desde las comunidades de base	38
vi. Nuevos desafíos en el diálogo interreligioso	39
Conclusión	41